

I.

España, durante tres siglos, se ha esforzado por destruir en México todo aquello que podía contribuir á crear un pueblo ilustrado é independiente.

Desde la conquista, todos sus trabajos tendieron hácia un mismo fin que realizó completamente en fuerza de constancia y destreza.

Fué ese fin el degradar á los indígenas, agotar su energía moral y doblegar sus fuerzas físicas.

Por estos medios lisongeábase la metrópoli de sacar el mayor partido posible de un pueblo en quien sofocaba la inteligencia, para no tener mas que manejarlo como instrumento ciego de su ambicion.

Mas tarde sus propios hijos, nacidos en el país ó cuya raza se habia mezclado con la de los mexicanos, despertaron sus recelos y, á su vez, fueron el objeto de su política injusta y mezquina. Pero antes de examinar esta segunda fase del gobierno español en México, parécenos oportuno presentar aquí una consideracion importante relativa al pueblo vencido por Cortés.

II.

Nadie ignora lo que eran los Mexicanos en la época en que los Españoles aparecieron entre ellos. Formaban una nacion poderosa y respetada, un pueblo valiente, ilustrado é industrioso, reunido en sociedades cultas y sujeto á leyes sábias. Este pueblo cultivaba las artes y las ciencias, y en el estudio de estas últimas, había llegado á un grado tan elevado que solo puede compararse con el que alcanzó el Egipto, de cuyo seno se desprendió el primer rayo que iluminara el cerebro humano.

Causa admiracion y á la vez tristeza, considerar lo que habría llegado á ser un pueblo semejante, el primero y mas ilustrado del Nuevo-Mundo, si el primer pueblo del Antiguo, si la raza valiente y poderosa de España hubiera establecido con él una alianza que lo fortificara en vez de destruir sus mas bellas cualidades; si el vencedor hubiera ejercido sobre el vencido una preponderancia que garantizara la conquista política del primero, sin envilecer la esencia moral del segundo, y que tendiera, con el tiempo, á asimilarse una raza noble é inteligente.

Para obtener este resultado, España se habría podido valer de los mismos medios que empleó para alcanzar otro diametralmente opuesto.

Aludimos á los efectos de la benéfica influencia que debió ejercer la primera potencia cristiana sobre un pueblo en quien tenia mision de difundir los sublimes preceptos del Evangelio.

Sin embargo, la tutela de España, en vez de abrir á los Mexicanos una era nueva de prosperidad, los condenó desde el principio á una rápida y completa decadencia.

Impulsados los monarcas españoles por consideraciones esencialmente ambiciosas, y poco imbuidos de ideas humanitarias respecto de las conquistas de América, procedieron á la degradacion moral de un pueblo, cuya fuerza, cuyos gloriosos recuerdos y cuyas legítimas aspiraciones, podrían mas tarde minar su dominacion absoluta, y oponer á sus abusos de todo género los obstáculos de una organizacion social, inteligente y celosa de sus derechos y de sus intereses.

III.

Concíbese, hasta cierto punto, esa política de la corona de España, así como la ciega sumision de los cortesanos mandados á México para cumplir con los designios de su amo. Este lo mismo que sus empleados civiles y militares, seguia el impulso de pasiones puramente temporales y mundanas, sin tener la virtud necesaria para resistir á su corriente.

Pero se siente una profunda tristeza al considerar el carácter venerable de los sacerdotes que pasaron al Nuevo-Mundo, de acuerdo con esa política injusta y cruel, cuyas tendencias y cuyos principios estaban en abierta oposicion con los preceptos de misericordia y de caridad de la religion cristiana.

¡Ojalá y los ministros de la Religion, resistiendo á las inspiraciones y á los consejos de la Real Magestad, hubieran predicado el Evangelio, al pié de las Cordilleras, como lo predicó, al pié del Calvario, la Magestad Divina!

Muchos millones de Mexicanos habrían abrazado el cristianismo, como lo hicieron, mas sin la degradacion que les resultó. Los preceptos puros y radiantes de nuestra religion, la dignidad, la fuerza y las virtudes propias del cristiano, debieron haber levantado aun mas, en la escala moral é intelectual, á ese pueblo juicioso é ilustrado, que se vió, al contrario, sumergido en las tinieblas de la ignorancia y de la inercia.

Efectivamente, las autoridades políticas y religiosas de México no tardaron en entregar á los piés de su soberano al pueblo de Moctezuma tan tristemente transformado.

IV.

Mas España tenia, tarde ó temprano, que luchar con aquel principio de oposicion que creía haber destruido en su colonia.

Aumentóse pronto la poblacion española en México, echó profundas raíces y no tardó en crearse en el país intereses locales semejantes á los que la metrópoli había temido tanto de parte de los Mexicanos.

Opusiéronse, desde luego, las mayores travas al desarrollo de los elementos y fuerzas que podían dar á la colonia una vida propia, una existencia independiente del monopolio de la madre-pátria.

Volviéronse los empleos públicos de alguna importancia la propiedad casi exclusiva de los Españoles de la Península.

Señaláronse á los Españoles americanos los ramos de comercio y de industria que les era permitido explotar, y prescribiéronse, por autoridad real, límites fuera de los cuales era prohibido á México producir á menor costo, para su consumo, los objetos de primera necesidad que España estaba en aptitud de venderle á precios fabulosos.

Sacrificóse completamente el bienestar del país á las necesidades, á la especulación y al beneplácito de la metrópoli. La susceptible autoridad de ésta destruyó todas las fuentes de progreso local capaces de afectar sus importaciones y las ganancias exorbitantes que de ellas sacaba anualmente.

V.

España todo lo había monopolizado, todo lo quería poseer exclusivamente. De ninguna manera podía competir con ella el extranjero. Erale prohibido acercarse á las costas de México, y si alguna vez tal cosa sucedía, era escoltado por la bandera española.

En determinadas épocas se reunían, precisamente en Cádiz, escuadrillas de buques mercantes, y de allí se dirigían, bajo la inmediata vigilancia de la autoridad competente, á Veracruz, único puerto abierto al comercio en la costa oriental de México. Además, en la costa occidental, era permitido al puerto de Acapulco recibir, una vez al año, un buque llamado la *Nao de China*: tal era la estension concedida, en el Pacífico, al comercio mexicano.

En resúmen, medidas prohibitivas de toda clase impusieron al país el yugo mas pesado, y la misma mano de hierro que había comprimido la inteligencia de los indígenas y la legítima influencia de los criollos, contuvo también el desarrollo de la industria, de la agricultura y del comercio para

no favorecer más que al ciego monopolio de la madre-pátria.

Los intereses exclusivos de esta última inspiraban su política; los de México no fijaban su atención sino cuando podía resultar algun provecho á la sed de riquezas que devoró á España y que ha contribuido, no poco, á arrancarle el dominio que ejerció sobre el Universo.

VI.

Mientras quedaban los indios reducidos al estado de seres nulos, y mientras yacían también los criollos bajo una tutela arbitraria y abusiva; mientras se agotaban, en lo posible, las fuentes de progreso intelectual y material del país, una clase privilegiada de la sociedad, el clero, adquiría en México una importancia considerable y un prestigio sin límites.

Continuaban los clérigos la obra de compresion y de avasallamiento que habían emprendido desde el principio, y sus servicios eran recompensados por la mas alta protección real, por la influencia moral que adquirieron mediante la educación negativa dada al pueblo, y por las inmensas riquezas que diariamente acumulaban. Esas riquezas les debían servir para combatir la independencia de México é impedir su regeneración social, cuando la ignorancia y el fanatismo no fuesen ya suficientes para contener á las masas y para perpetuar sobre ellas la omnipotencia teocrática.

VII.

Bajo tales condiciones ha gemido México durante tres siglos. En todo ese tiempo no ha tenido existencia propia: la metrópoli le ha arrebatado todos sus elementos de vitalidad.

Contenia esta en las fronteras de su colonia hasta el pensamiento de la Europa; en México no se podían leer mas que los libros autorizados por el gobierno peninsular, y si por casualidad, se introducían algunos de contrabando, la Inquisición se encargaba de quemarlos.

En una palabra, construyó España al derredor de su reinato, una muralla semejante á la de China, á fin de interceptar el movimiento físico é intelectual que resentían los demas pueblos de la tierra.

Esperaba, por este medio, privar á los Mexicanos hasta del conocimiento de la vida política, sofocar sus tendencias hácia la luz y el progreso y conjurar la tempestad que, por causas análogas, se habia desencadenado en el continente europeo.

Mas Dios habia permitido que el rayo, al estallar, cambiara la faz del Universo.

La revolucion habia dado á luz ideas que debian de fundar la sociedad sobre nuevas bases.

El pueblo mexicano, conmovido por aquella fuerza misteriosa, obedeció al impulso del siglo. A ese levantamiento general de los pueblos, se sintió animado por un rayo de vida y de esperanza.

### VIII.

En 1810 lanzó un grito de guerra. Proclamó la independencia de México, y empuñó las armas para defender mas bien un sentimiento que una idea, mas bien una necesidad imperiosa de independencia, que un principio filosófico de libertad, cuyo alcance no podia aun comprender.

La España habia estendido su desconfianza sobre los indígenas y los criollos. Una política de exclusion oprimia á los primeros, leyes prohibitivas afectaban á los segundos.

A su vez, uniéronse criollos é indígenas para la lucha contra el enemigo comun.

Los descendientes de los primeros conquistadores sellaron alianza con los descendientes de los primeros señores del país.

Hicieron, pues, al cabo de tres siglos, lo que debieron haber hecho sus abuelos, con la diferencia de que en vez de un pueblo fuerte, ilustrado é inteligente, no encontraron ya mas que á un pueblo abatido por la ignorancia y por los fatales efectos de una larga y forzada inercia.

### IX.

Sin embargo, ese pueblo sentia tambien la necesidad de independencia, gustábale la idea del combate. Un instin-

to natural le hacia comprender que la union en el campo de batalla conduciria al establecimiento de un equilibrio mas justo entre los habitantes del país.

El choque de las armas, el estallido del cañon, fué un toque general de alarma para los descendientes de dos razas guerreras.

Los Mexicanos, sin distincion de origen y con una constancia y un valor admirables, hicieron frente á la guerra mas encarnizada y sangrienta que pueda marcar el nacimiento de un pueblo á la vida política.

La España, que durante trescientos años, habia trabajado sin descanso para construir el edificio de su dominacion absoluta, no podia ver que se desmoronase sin hacer esfuerzos inauditos para salvarlo.

Sus escuadras se pusieron en movimiento, sus ejércitos inundaron al país y sus tesoros fueron prodigados para contener la insurreccion.

Los empleados y una parte de la aristocracia, ligados por intereses con el gobierno español, acudieron á su llamamiento.

El clero, con la cruz en la mano, predicó la continuacion de un *statu quo* que le era tan favorable y tan productivo. En nombre del Omnipotente mandó al pueblo armado se humillara ante la Real Magestad de Madrid, á quien el Sumo Pontífice habia tenido á bien regalar las Américas. Recurrió á los rayos del Vaticano y prodigó excomuniones.

En fin, uniéronse el Trono y el Altar para sofocar el clamor de los pueblos.

### X.

Mas todo fué inútil.

Durante once años corrió la sangre á torrentes, asolaron al país ejércitos numerosos y aguerridos que diezmaron cien veces las falanges de la independencia.

Sin embargo, luchaban éstas dia y noche contra la disciplina y la superioridad de las tropas reales: infatigables y constantes, llenas de valor y de entusiasmo, tenian fé en el triunfo de la causa nacional.

Efectivamente, vencida España, tuvo que ceder el campo. Los criollos que habian tenido interés en sostener á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

metrópoli, la abandonaron cuando palparon su impotencia, y se vieron precisados á tender la mano á aquel pueblo que empezó la lucha con picas, palos y hondas, y que entró por fin triunfante en el palacio de los víreyes para enarbolar su bandera nacional y saludar con el nombre de Pátria á la antigua colonia de España.

I.

Orgullosos los mexicanos de su victoria, creyeron haber acabado con sus mortales enemigos, con la causa de su inercia y de sus males.

¡Error profundo!

México era independiente, mas no era libre aún.

La total derrota de los ejércitos de la metrópoli no dió por resultado el completo quebrantamiento de las cadenas con que habia oprimido á su colonia.

Aun quedaban algunas ocultas entre los cortesanos del poder absoluto que veían en ellas la fuente de su influencia y de sus privilegios, y que, para perpetuar aquella y conservarse en posesion de éstos, no debían tardar en formar el partido conocido hoy bajo el nombre de *conservador*, partido que el clero trae á remolque y que, confundido con él, es llamado *partido clerical*.

Quedaban, sobre todo, cadenas muy pesadas en poder de un clero enemigo y opulento que pronto debía apoderarse de la situacion. Para ello manejaba una poderosa palanca capaz de levantar á su voluntad, durante muchos años aún, obstáculos invencibles contra los cuales tenían que estrellarse todos los esfuerzos que hiciera la joven República para organizar un gobierno estable, ilustrado y popular.

Esa palanca era la ignorancia y el fanatismo de un pueblo que la revolucion habia despertado repentinamente sin tener aun tiempo de ilustrar.

108079

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MÉXICO

II.

Desde entónces la historia de México no es mas que la historia de la lucha que sostienen el pueblo y el clero: el primero, para llegar al nivel de las luces que derrama el progreso sobre las sociedades modernas; el segundo, para combatir ese progreso y conservar al país bajo las densas tinieblas del pasado.

Ha hecho el clero los mayores esfuerzos para mantener á la República en un estado de ignorancia que garantizara la continuacion de la omnipotencia clerical.

Ha procurado, por todos los medios posibles, atraerse al pueblo, divertirlo y deslumbrarlo por medio de fiestas religiosas cotidianas que, alejándolo del trabajo y de las ideas serias, le inspirasen el mayor respeto y sumision hácia los ministros de un culto tan espléndido.

Ha comprendido, sobre todo, que gobernando á las familias por el abuso del poder espiritual, fácil le sería gobernar al Estado por las familias.

Como consecuencia de este principio se ha opuesto á la inmigracion estrangera que, al importar á México los frutos de la civilizacion y del progreso de Europa, habria hecho palpar la necesidad de una reforma social.

III.

Sin embargo, el poder teocrático no se ha ceñido á combatir con las armas que le prestaban la fascinacion del culto y los escombros de la ignorancia, se ha valido tambien de otro medio tan hábil como poderoso.

El clero mexicano no tardó en comprender que la independencia, descubriendo un nuevo horizonte al pensamiento, habia herido de muerte al partido clerical; que la luz de la razon debia, tarde ó temprano, enagenarle las masas, y que era prudente y político ocurrir al medio de contenerlas y dominarlas por el interés temporal, por la influencia pecuniaria.

Para alcanzar este fin aprovechóse de sus inmensas riquezas.

Tenia, de largo tiempo atras, sujetos á los pueblos por

1080201

medio de una organizacion financiera, cuyos resortes movia á su voluntad como dueño de la clave principal.

Mucho antes que los especuladores europeos pensasen en las combinaciones del crédito mobiliario y del crédito real, el clero mexicano habia ya comprendido toda su importancia.

Pertenecíanle los cuarteles mas habitados de las ciudades, así como las tierras mas fértiles y las haciendas mas hermosas. Arrendaba los unos y las otras, y por este medio se hacia de recursos cuantiosos que, en gran parte, empleaba en prestar con hipotecas.

De esta manera se volvió el clero una especie de banquero general, y no hubo en todo el país contrato, compra, venta, ejecucion testamentaria ó transaccion financiera en los cuales no tuviera que intervenir.

Bajo la dominacion española, el clero, fuerte con su influencia moral sobre los pueblos, no necesitó la que le daba su dinero para afianzar su poder y ejecutar sus miras. Mas bajo el gobierno republicano, sirvióse de sus riquezas como de una arma de dos filos capaz de herir á la vez á todos los partidos políticos, y de sujetarlos por medio del interés pecuniario.

IV.

Como México estaba literalmente cubierto de arrendatarios y deudores del clero, este pudo ejercer fácilmente la doble autoridad de acreedor y de propietario opulento.

Los ciudadanos, á quienes ya no sujetaban la ignorancia y el fanatismo, tenian, pues, que sucumbir bajo el yugo del interés personal.

Las autoridades ejecutivas ó legislativas de la nacion, desde el último municipio hasta el congreso general de la República, se han visto sucesivamente sostenidas ó atacadas segun han sostenido ó han atacado los intereses temporales del clero, segun han dominado la situacion los principios retrógrados de éste y de su satélite el partido conservador, ó han tenido que abandonarla á los principios progresistas del partido liberal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1623 BOSTON, MEXICO

V.

Las diversas fases de la lucha que trabaron entre sí estos dos principios, así como la inestabilidad política que de allí resultó, esplican los numerosos y estériles cambios en la administración de México, cambios condecorados siempre con el título pomposo de Revolución.

Mas si aun nó constituían la Revolución, sí eran sus precursores. Era el trabajo penoso del encarnamiento de esa Revolución que se operaba mediante cuarenta años de lucha, de inestabilidad y de inquietudes sociales.

Esas conmociones que resentía México por causa de su regeneración, señalaban la marcha de un enemigo mortal de la dominación clerical: era ese enemigo el Progreso del siglo.

El Progreso que avanza á pasos agigantados sin que ningún poder humano pueda contenerlo; diríjese ora á la inteligencia, ora á la materia, domínalas ambas al cabo de una lucha mas ó menos larga, y las lleva tras de su carro triunfal que sigue un camino misterioso de Dios solo conocido.

Para resistir á las conquistas de tan terrible enemigo no han bastado toda la habilidad, todas las precauciones, todos los esfuerzos del partido clerical.

Así como la gota de agua destruye, á la larga, rocas seculares y precipita sus fragmentos en el abismo, el Progreso ha minado poco á poco el edificio colosal de la dominación clerical en México, y no tardará en destruirlo enteramente, no obstante tres siglos de continuos trabajos que parecían prestarle una solidez á toda prueba.

Tal es el campeón implacable que, con su fuerza irresistible, libra en la República mexicana una batalla sangrienta y decisiva. Rompe los últimos diques que la teocracia ha levantado contra su ascendiente poder, y pronto acabará de quitar al partido conservador ó clerical sus últimas esperanzas, así como sus últimas armas ofensivas: tales son los bienes y los pesos fuertes del clero.

I.

En medio del siglo diez y nueve y de una sociedad independiente, dos años de lucha encarnizada y sangrienta entre los partidarios del poder clerical y los de la reforma social, habrían dado ya á estos últimos el triunfo final, á no ser por el refuerzo inmenso de mas de ciento cincuenta millones de pesos que el clero ha arrojado en la balanza para contener por algun tiempo mas su inminente derrota, es decir, hasta que la contienda haya agotado tan poderoso elemento de resistencia.

Pretendian altamente los obispos mexicanos, bajo la última administración liberal, que quedarian infaliblemente excomulgados por el solo hecho, (*ipso facto*), de distraer de su objeto los bienes de la Iglesia.

Los mismos prelados disipan hoy dia estos bienes, sin el menor escrúpulo, para sostener una guerra criminal y fratricida por medio de un gobierno de hecho que han entronizado en el corazon de la República.

II.

Ese gobierno, instrumento pasivo y ciego de la política clerical, se ha atraído á la mayor parte del ejército por medio de las liberalidades de la Iglesia, y dá el espectáculo de una minoría organizada militarmente para sofocar los votos y aniquilar los intereses de la nación, sin invocar otro derecho que el del cañon.

Los clérigos han dado á conocer, en fin, de la manera mas patente, que lo que sobre todo defienden es su opulencia y su dominacion sin rival.

III.

Los fieles que, aun hace dos años, creían en las virtudes del clero y lo respetaban por la conducta noble y piadosa de algunos de sus miembros, palpan hoy cuan raras son estas escepciones.

Su conciencia de cristianos los obliga á marcar la diferencia que hay entre el ejemplo de los primeros apóstoles y el que ahora dan los sacerdotes mexicanos que se dicen sus sucesores.

¿Qué se han vuelto la dulzura y la bondad de aquellos pobres pescadores que enseñaban á los pueblos los divinos preceptos de una religion de paz y de concordia, de misericordia y de caridad? ¿Dónde están aquellos ministros del Evangelio que predicaban contra la vanidad de los bienes terrestres, y colocaban mas alto sus esperanzas diciendo, que su reino no era de este mundo? ¿Cómo sentir los efectos de aquella fuerza irresistible que les prestaba la humildad cristiana y los impulsaba á arrostrar sin quejarse la miseria, los padecimientos y las persecuciones? ¿Dónde está, en fin, el buen pastor que dá la vida por sus ovejas?

¡Ah! en vano se le buscaría hoy bajo el hermoso cielo de México!

En ese desgraciado país, los clérigos han sustituido á la persuacion evangélica, órdenes altivas é imperiosas. Su reino es muy de este mundo; su mayor afán, el de alcanzar riquezas y poder que anhelan á toda costa. Por acumular aquellas y asegurar éste, han trabajado sin descanso tres siglos y medio. Están de tal manera reconcentradas sus esperanzas en la posesion de esos bienes terrestres que, para conservarlos, siembran la discordia y excitan á sus ovejas á devorarse entre sí.

La sangre que desde hace mas de dos años corre en México, de Norte á Sur, y de Oriente á Poniente, se derrama por conservar al clero sus bienes, y si la carnicería ha continuado y sigue aún, es solo por su inspiracion y por su influencia pecuniaria.

No hay Mexicano que no esté convencido de que el partido conservador no tiene mas razon de ser que las bayonetas de su ejército, y que éste, á su vez, no existe sino en virtud de las liberalidades del clero.

IV.

El partido clerical está tan plenamente convencido de esta verdad, que hace esfuerzos desesperados para triunfar de la tempestad y salvar de un naufragio inminente á la frágil navecilla que contiene sus tesoros y su poder: navecilla tan averiada ya, que no sobrenada sino difícilmente en olas de lágrimas y de sangre.

El partido clerical ha puesto en juego cuanto depende de la destreza, de la astucia y de la influencia moral. Ha obtenido cuanto pueden producir el interés y la influencia pecuniaria. Ha alcanzado cuanto pueden lograr la audacia y la fuerza militar.

No se ha librado batalla importante que no haya ganado. No se ha presentado incidente de que no se haya aprovechado, ni medio al que no haya recurrido.

V.

Y sin embargo, al cabo de dos años de lucha ¿qué ha ganado?

¿Dónde están sus conquistas?

Para resolver estas cuestiones, preciso es considerarlas bajo el punto de vista militar, ya que el partido clerical ha llevado la discusion sobre el campo de batalla.

Su ejército inferior en número, pero superior en organizacion y disciplina al ejército, ó mas bien á las fuerzas diseminadas de los liberales, se compone de tropas y oficiales de línea. Los bienes del clero, convertidos por este en numerario por medio de ventas á vil precio, costean en gran parte los gastos de este ejército y aseguran, hasta ahora, su fidelidad.

Durante la lucha, esas fuerzas han ganado sucesivamente cinco batallas de importancia; destruyendo cada vez casi todas las tropas liberales y quitándoles sus armas, su artillería y sus trenes.

Sin embargo, despues de cada triunfo, la situacion del ejército clerical ha sido tan precaria como antes de librar la accion. Solo ha encontrado refugio en las principales ciudades de los Estados del centro, y no ha podido estender el círculo de su dominacion en un país enemigo. Al cabo de dos años de victorias, su línea de operaciones es poco mas ó menos lo que era al principio de la lucha.

A veces, despues de algunas ventajas, ese ejército avanza un poco sobre los dominios del partido liberal; mas no es sino para replegarse poco despues rechazado por una fuerza enemiga, á la que, á su turno, tiene que abandonar uno ó dos Estados que no tarda en reconquistar.

## VI.

Semejante estado de cosas probaria la imposibilidad en que están ambos partidos de vencer en la lucha y dominar la situacion, si la progresiva disminucion de los recursos del partido clerical, así como la reducida estension del círculo de su poder, no dieran al partido liberal una fuerza que, agregada á la de su prestigio moral, debe de acabar con toda resistencia.

Para justificar este hecho basta considerar las últimas operaciones financieras tan gravosas para el clero, que ya no puede hacer frente á sus compromisos; tambien basta estudiar, en vista de la carta de México, los recursos y medios de accion de ambos partidos segun el número, estension, poblacion y situacion geográfica de los Estados que obedecen á su respectiva autoridad.

## VII.

Los ejércitos clericales imperan en las tres ciudades principales de la República, es decir, México, Puebla y Guadalupe. Ocupan tambien á Toluca, Querétaro y Guanajuato.

Estas tres últimas ciudades, que probablemente ocupan hoy las fuerzas clericales, caen sucesivamente en poder de cada partido, segun la suerte de los combates incesantes que se empeñan en la línea divisoria que marcan estas ciudades entre los dominios de los conservadores y los de los liberales.

Tal es el círculo en que el partido clerical ejerce mas ó menos autoridad.

Las últimas noticias son contradictorias respecto de la suerte que corren las ciudades de San Luis en el Norte, y de Oaxaca en el Sur, las cuales pertenecen al círculo del partido liberal y se encuentran en el caso recíproco de caer á veces en poder del partido clerical.

La dominacion que este pretende sobre los Estados, cuyas capitales hemos citado, no es mas que nominal: partidas de liberales los recorren en todas direcciones y llevan sus operaciones hasta las mismas puertas de la Capital.

Esta circunstancia hace decir, en México, que el partido clerical no posee mas terreno que el que cubren sus ejércitos.

Han sido infructuosos los esfuerzos de todo género que ha hecho ese partido para hacerse dueño de un puerto en el Golfo de México ó en la costa del Pacífico, y considerase como un milagro, debido á los tesoros del clero, que pueda existir en México un gobierno privado de los recursos de las aduanas marítimas, y sofocado en el interior de la República, por el peso de los Estados liberales que por todas partes lo comprimen.

## VIII.

¿Mas como tiene lugar este fenómeno? ¿Por qué tan completas victorias no abren el camino de un puerto cualquiera que dé respiracion y vida á un partido que posee ya el corazon de la República?

¿Por qué está siempre el partido clerical en la alternativa desconsoladora de ganar veinte nuevos combates sin gran resultado y gastando inútilmente sus fuerzas, ó de desaparecer á la primera derrota militar de alguna importancia?

Es porque ese partido no cuenta sino con fuerzas materiales incapaces de vencer la fuerza moral de la Nacion. Es porque la voluntad manifiesta de los Mexicanos reclama, para su país, los beneficios de la Revolucion europea.

Es porque las ideas no se pueden cambiar como el uniforme de un regimiento, y porque donde cien caudillos de